

PRÓLOGO

Convertir la propia vida en una obra de arte

El pasado 19 de noviembre pude escuchar a Xano Armenter en la galería Àmbit de Barcelona. Nos contó de su educación artística y también de la permanente tensión que advertía en su trabajo creador entre el esfuerzo a veces muy costoso y el gozo que llenaba su vida al llevar a cabo su tarea. Como vivía en Nueva York, Xano planteó esta cuestión a un afamado diseñador de allí que le respondió que las contradicciones se disuelven viviéndolas, trabajando más fuerte y no pensando en ellas.

Me parece una buena respuesta que brinda mucha luz sobre la situación actual y el decisivo papel que los artistas pueden desempeñar en nuestra sociedad, presidida a menudo por un notorio materialismo mercantilista, un consumismo agobiante y una superficialidad tan inhumana que resulta a fin de cuentas insoportable. En este otoño he tenido ocasión de preguntar por escrito a un centenar de universitarios por qué buscamos la belleza. Me he quedado prendado de muchas de sus respuestas. De hecho, casi ninguno se había planteado hasta entonces jamás esa pregunta. La respuesta última a esa pregunta es —me parece a mí— que buscamos la belleza porque nos hace mejores.

Es así. La belleza en cualquiera de sus formas nos invita a ser mejores. Los buenos artistas, músicos, literatos y poetas nos enseñan lo hermosa que puede ser la vida si tratamos de llegar más allá, de trascender esa cotidianidad tantas veces gris y monótona que a muchos adormece; si llenamos el mundo de color, de imaginación, de creatividad, si de verdad disfrutamos con lo que hacemos. Se trata de aprender a vivir creativamente. Se trata de llegar a convertir la propia vida en una obra de arte, del mejor arte del que cada uno sea capaz.

Mi buen amigo Jaime Despre, magnífico escritor, identifica así las tres reglas de la literatura: técnica, estilo y compromiso. La técnica es, por así decir, lo más fácil de aprender: en la escritura, se trata básicamente de la redacción, la ortografía y todos esos aspectos formales de cada tipo de texto que es necesario aprender. Yo prefiero emplear para esto una palabra más inusual y quizá más rica, aprendida también de mi amigo: "pericia".

Con ella se expresa quizá mejor la experiencia práctica, la habilidad de quien ha invertido muchas horas pacientemente en el aprendizaje de esas técnicas.

La segunda regla es el estilo, la forma de decir. Como afirmaba Eugenio d'Ors, ahí es donde reside toda la originalidad. No me resisto a citar unas palabras de mi admirada Mercè Rodoreda que me dejan siempre pensando: "Escribir bien es difícil. Por escribir bien entiendo decir con la máxima simplicidad las cosas esenciales. No siempre se consigue. Dar relieve a cada palabra; las más anodinas pueden brillar cegadoras si las colocamos en el lugar adecuado. Cuando me sale una frase con un giro diferente, tengo una pequeña sensación de victoria. Toda la gracia de escribir radica en acertar con el medio de expresión, el estilo. Hay escritores que lo encuentran en seguida, otros tardan mucho, otros no lo encuentran nunca".

El *compromiso* es la tercera regla. A mí me gusta más llamarlo la *motivación* o —con expresión de Charles S. Peirce— el Motivo de la obra artística. De una forma más coloquial podemos referirnos a esta regla como "el tener algo que decir". Cuántos escritores que publican a diario su columna en el periódico no tienen realmente nada que decir. Cuántos pintores hacen series inacabables con un mismo motivo porque ya no tienen nada nuevo que decir.

Como es obvio, este tercer elemento de la creatividad artística es el realmente decisivo. Para tener algo que decir es preciso cultivar la propia vitalidad intelectual, desarrollar la sensibilidad, aprender nuevas formas de expresarla y de comunicarse con los demás. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de convertir la propia vida en una obra de arte. Esto es lo que nuestro mundo necesita: una defensa de la vida del espíritu que trascienda o dé la vuelta al materialismo mercantilista, el consumismo y la superficialidad.

"El arte —me escribe mi amigo Despree— es la causa de la libertad, pues la libertad es la sinergia de la creación. Todo lo creado es algo nuevo y como tal abre un nuevo espacio de libertad, que permanece mientras permanezca la creación". Estoy del todo de acuerdo. El arte es el espacio de la libertad, el espacio del espíritu: por eso vale por sí mismo, por eso es capaz de transformar nuestra vida.

En aquella conferencia Xano Armenter decía que la pintura más reciente "no sabe de qué habla, no tiene grandes propuestas que hacer". Me alegró escuchar ese clarividente diagnóstico en boca de un experto en este

campo creativo. Necesitamos una nueva oleada de artistas que con la técnica más acrisolada descubran nuevas maneras de decir para devolver la esperanza a este mundo cansado. Esto solo será posible si los nuevos artistas se empeñan en convertir su propia vida en una obra de arte y, por tanto, se esfuerzan en escucharse unos a otros, en aprender unos de otros, en quererse unos a otros. Esa es —me parece— la verdadera vanguardia del arte en nuestra sociedad.

Pamplona, 10 diciembre 2016